

**DE LA RESISTENCIA A LA OFENSIVA: EL**  
**PROGRAMA ALTERNATIVO DE LOS**  
**MOVIMIENTOS SOCIALES**

Dos Santos Theotonio *Desarrollo y civilización, S/P*  
Capítulo 12, versión preliminar  
Lectura 6

Es muy difícil reconocer el cambio de las condiciones subjetivas en los procesos sociales. Sin embargo, es claro que en la actualidad vivimos una mudanza significativa de la subjetividad de nuestros pueblos. 25 años de experiencia neoliberal, comandadas a nivel internacional por el FMI y por el Banco Mundial, sumergieron nuestros países en graves problemas económicos que llevaron los movimientos sociales de la región a la defensiva. El desempleo, la inflación, la caída de los niveles salariales, la falta de inversiones sean productivas, sean de infraestructura, sean sociales y la ausencia de nuevos empleos decurrente de esta situación forman un conjunto de fenómenos que va destruyendo el tejido social, deshaciendo las lealtades institucionales, rompiendo los lazos sociales, abriendo camino para la violencia, la droga y la criminalidad en sus varias formas de expresión. Las armas principales del movimiento obrero, como la huelga y otras formas de interrupción del trabajo, pierden fuerza en la medida en que amplias masas de desempleados o recién llegados a la fuerza de trabajo están siempre dispuestas a sustituir los trabajadores activos. Las posibilidades de luchas callejeras alcanzan cierto auge hasta que el cansancio y el enfrentamiento con formas despiadadas de represión hacen retroceder el movimiento que va perdiendo sus objetivos y abre camino a la acción de los “lupen” o sub proletarios que no disponen de programas de luchas organizados y consecuentes.

25 años de recesión fueron combinados también con un período similar de represión institucional y regímenes de excepción apoyados en formas de terror estatal. En realidad, los regímenes de excepción empezaron antes de la fase de recesión sistemática. Esta debería ocurrir en la década del 70 pero fue aplazada por la captación de recursos externos en forma de préstamos internacionales a bajo precio en consecuencia del reciclaje de los petrodólares. En la década del 80 empieza la exigencia de pago inmediato de los intereses – aumentados debido al crecimiento del principal bajo la forma de “renegociaciones” irresponsables de las deudas y acrecidos por el aumento de las tasas internacionales de intereses a partir de las decisiones adoptadas por el tesoro de los Estados Unidos.

Esta combinación de recesiones sucesivas ( que no debemos llamar de estagnación por que implicaban en cambios perversos económicos y sociales, como lo habíamos previsto en nuestros estudios del final de la década de los 60s), regímenes de excepción, terrorismo de Estado y rebaja del nivel de vida de los trabajadores fueron seguidos de una ofensiva ideológica contraria a las conquistas de los trabajadores y a las mejorías obtenidas por el conjunto de la población durante los años de crecimiento económico. La ofensiva ideológica neoliberal alcanzó su auge en la segunda mitad de los años 80, con la política derrotista de los liderazgos políticos de la Unión Soviética y de la Europa Oriental. A partir de la caída de los regímenes del llamado “socialismo real” se abrió una ofensiva ideológica neoliberal que implantó un verdadero terror ideológico. Cualquiera que reivindicara una crítica al capitalismo o al quimérico “libre mercado” era inmediatamente segregado de los medios de comunicación de masas. Era la época del “fin de la historia”, del fin del socialismo y del marxismo. .

Durante los últimos veinte e cinco años los movimientos sociales de la región estuvieron pues bajo el impacto de situaciones críticas. Sin embargo no debemos culparlas en nombre de las dificultades económicas, pues era posible superarlas con políticas de preservación del interés nacional, se negando a pagar una deuda internacional altamente cuestionable y tasas de interés totalmente insanas. Sin embargo prevalecieron los intereses ligados al pago

de los intereses, con las renegociaciones de la deuda y las inmensas comisiones en moneda fuerte que pagaban. Se afirmó en este período una típica burguesía “compradora” en la región que se impuso progresivamente sobre los capitales locales, impedidos por las políticas neoliberales de sacar ventajas de los cambios del comercio mundial que fueron casi totalmente aprovechados por los países asiáticos que no dependían tan directamente de los préstamos internacionales para sostener sus políticas de exportación y de crecimiento económico. Ayudados por reformas agrarias profundas, realizadas en la pos Segunda Guerra Mundial, estos países disponían de mercados internos más amplios y de políticas educacionales profundas que buscaban neutralizar la influencia de regímenes socialistas en el sudeste asiático.

Los movimientos sociales clásicos en la región latinoamericana se vieron muy limitados frente a estos cambios socioeconómicos tan radicales. Ellos estaban basados fundamentalmente en la alianza entre campesinos, intelectuales (particularmente el movimiento estudiantil) y obreros, unidos por una ideología nacional democrática que era sobretodo el sostén de la clase ascendente hacia el poder en la región. Se trataba de una burguesía nacional que aspiraba alcanzar el desarrollo económico que la elevase al nivel de las burguesías internacionales. Los obreros, campesinos y amplias capas de las clases medias urbanas aspiraban un estado de bienestar similar al europeo que les permitiese alcanzar una mejoría sustancial de su nivel de vida dentro de un capitalismo independiente cada vez más basado en su propio desarrollo industrial, tecnológico y social.

Es evidente de que esta alianza tenía muchas divergencias internas pero les unía la lucha en común en contra de los intereses de los sectores exportadores, agrarios o mineros, de la región los cuales ignoraban las exigencias del desenvolvimiento nacional, de la diversificación productiva y la voluntad de estas nuevas clases o sectores en alcanzar un nuevo nivel económico social.

Los campesinos sufrían bajo una fuerte dominación de los señores de tierra que los sometía a condiciones extremadamente negativas de cultura y organización. Solamente las comunidades indígenas poseían los medios para auto dirigirse, a pesar de las represiones que sufrieron históricamente. Ellos fueron la cabeza de una insurrección popular extremadamente impactante: la revolución mexicana de 1910-17 demostró su capacidad militar y su disposición de luchar por la tierra. La reforma agraria aquietó en gran parte la agitación campesina, a pesar de que en los años 30 y 40 volvieron a la carga para exigir condiciones de gestión de la tierra, financiamiento y comercialización que condujeron a la formación de ejidos mexicanos, suprema forma de organización del campesinado apoyado en sus orígenes comunitarias indígenas. A pesar de las huelgas de masas de los trabajadores de las grandes empresas agrícolas exportadoras - que sostuvieron a Sandino o impusieron la huelga de masas en Salvador – el movimiento campesino solo vino a alcanzar una victoria significativa durante la revolución en Guatemala con Arbenz en 1952 y particularmente en la revolución boliviana cuando (derrotada en 1954) las milicias campesinas y mineras tomaran cuenta del país. En la década de los 50s se iniciaron las Ligas Campesinas lideradas por Francisco Julião en Brasil. En los años 60s la estrategia anti-insurreccional comandada por los militares estadounidenses absorbió finalmente la propuesta de una reforma agraria ordenada que se aplicó sobretodo en el Chile democratacristiano bajo la presidencia de Eduardo Frei. Esta reforma agraria se hizo más radical, completa y profunda

en los años 1970-73 bajo el gobierno de la Unidad Popular, teniendo como presidente Salvador Allende.

En todos estos años, la reivindicación por la tierra estuvo en el centro de las luchas populares y de la alianza obrero campesina, con fuerte apoyo estudiantil y de sectores de la clase media urbana. Estas reivindicaciones llegaron hasta la revolución sandinista en Nicaragua. Se puede decir sin embargo que en las décadas del 80 y del 90 el fuerte control de las multinacionales sobre la producción agrícola en vastas regiones del continente cambió dramáticamente el sentido de la lucha campesina. Entre 1960 y 1990 se completó un proceso de emigración del campo a la ciudad que expulsó definitivamente vastas capas de pequeños propietarios agrícolas y consolidó la gran y mediana empresa agroindustrial, articuladas con las transnacionales agrícolas o manufactureras de productos agrícolas. Se desarrolla la figura del asalariado agrícola estacional y surge un nuevo movimiento campesino de carácter sindical, con pequeña presión sobre la tierra.

El caso brasileño es paradigmático: los “boias frías” (así llamados por la comida fría que llevan para sus precarias refecciones en un espacio agrícola ultra especializado y mecanizado) inundan las zonas rurales y solamente en la década del 80 resurge una demanda por tierra en la medida que aumenta el desempleo en las zonas rurales y pequeñas ciudades generando una población desempleada que busca retornar a la tierra. De ahí surge el Movimiento de los Sin Tierra que presiona por una reforma agraria más ágil pero no cuestiona la legislación de tierras del país que dispone la compra de las tierras no cultivadas a precio de mercado para distribuir a los campesinos sin tierra. La fuerza del Movimiento de los Sin Tierra no deriva tanto de la radicalidad de su demanda por la tierra sino de sus métodos de ocupación de la misma para forzar la reforma agraria y de sus métodos de gestión comunitaria de las tierras asentadas por ellos, así como su concepción socialista de una economía donde los campesinos pueden alcanzar su pleno desarrollo. Su preocupación con la tecnología agrícola de punta, por las cuestiones ambientales y por la educación de sus cuadros y de sus hijos los colocan en la vanguardia de toda la sociedad brasileña. Ellos se preparan así para enfrentar las transnacionales agroindustriales en una perspectiva de largo plazo que choca a los conservadores brasileños. Es necesario resaltar sin embargo un fenómeno nuevo que hace posible esta concepción de largo plazo del Movimiento de los Sin Tierra: ellos cuentan con el fuerte apoyo de la pastoral de la tierra en Brasil. La Iglesia ha decidido que no puede entregar el más grande país católico del mundo a la saña de las elites explotadoras de este país. Una revolución social anticatólica sería un golpe muy definitivo en el catolicismo como religión con pretensiones de universalidad,

El movimiento obrero latinoamericano ha sido el otro sostén de las fuerzas populares en el continente. Sus primeras formaciones se encuentran en las poblaciones mineras del final del siglo XIX. En los primeros 10 años del siglo XX tenemos una primera ola de industrialización en varios países de la región que se sostuvo en gran parte en emigrantes europeos, particularmente españoles e italianos. Estos trajeron la ideología anarquista de sus países de origen y encontraron terreno fértil en una población trabajadora de artesanos y pequeños empresarios. Los anarquistas no bajaron sus aspiraciones revolucionarias por estar en tierras tropicales o semitropicales y desdoblaron la bandera de la huelga general revolucionaria a la cual se aproximaron en el final de los años 10, después de la expansión industrial durante la Primera Guerra Mundial y su contracción a su término. En los años

revolucionarios de la pos guerra se multiplicaran los intentos de la huelga general revolucionaria, que no pudo generar ningún resultado concreto sino la represión brutal de las oligarquías locales. Las noticias sobre la victoria de la revolución “maximalista” en Rusia abrió camino para la adhesión de los anarquistas a la propuesta de la Internacional Comunista y en los años 20s se forma un importante movimiento obrero comunista en la región. Solamente en Argentina había un partido obrero que pertenecía a la Internacional Socialista. En el resto de la región los anarquistas se impuso la hegemonía comunista que solo vino a enfrentar una concurrencia significativa en los años 30 y 40 con la nueva ola industrial que trajo una nueva población rural para la ciudad bajo la orientación de la nueva burguesía industrial y de sus ideólogos más competentes.

Se definía así el perfil nacional democrático como formador de esta nueva clase obrera. Dependiendo de la capacidad de comunistas y socialistas de doctrinarla en una perspectiva socialista se hacía posible articular la cuestión nacional y el antiimperialismo que motivaba las luchas nacionales en el continente bajo la dominación del capitalismo norteamericano en expansión en el mundo hasta convertirse en el centro hegemónico del sistema mundial después de la Segunda Guerra Mundial. Acordemos sin embargo de la Alianza entre la Unión Soviética y los EE.UU. durante la Segunda Guerra Mundial, la cual se prolonga hasta 1947 cuando la política de la Guerra Fría transforma los anteriores aliados en enemigos. De esta manera los EE. UU. son transformados por los comunistas en enemigos de los trabajadores mientras los servicios de inteligencia norteamericanos trabajan para romper las alianzas entre comunistas y socialistas y social cristianos que se habían implantado durante la Segunda Guerra Mundial. Al se exponer el carácter imperialista de las políticas estadounidense que se había olvidado durante la Alianza Democrática antifascista, empieza a desarrollarse así un nuevo frente antiimperialista que encuentra su punto más alto en Brasil en el final de los años 50s después del suicidio de Getulio Vargas, amezado de “impeachment” y en el gobierno Kubistchek-João Goulart. Los comunistas, puestos en la ilegalidad en 1947, después de solamente 2 años de legalidad, vuelven a hacerse semi legales en los primero 4 años de la década del 60, particularmente durante el gobierno de João Goulart, entre 1961 y 1964. En este momento la tesis de la Unidad entre la burguesía nacional y el movimiento popular obrero-campesino-estudiante se convirtió en un principio fundamental estratégico. Esta concepción ha sido sin embargo derrotada por los golpes de estado de seguridad nacional como el de 1964 en Brasil, el de Onganía en Argentina, en 1966, y nuevas experiencias militaristas como la de Hugo Banzer en Bolivia.

En esta misma época surgía una nueva realidad estratégica en América Latina. La declaración de Cuba como una República Socialista en 1962, como respuesta a la invasión de Bahía Cochino, introdujo en la región la cuestión del socialismo como forma inmediata de transición hacia un nuevo régimen económico-social colectivista. Esta nueva experiencia pasó a influenciar sectores significativos de las fuerzas políticas de izquierda alcanzando su expresión más elaborada en el programa socialista de la Unidad Popular en Chile. Entre 1970 y 1973 se intentó en este país una experiencia absolutamente insólita: realizar una transición hacia un régimen de producción socialista en condiciones de legalidad democrática. Esta experiencia introdujo así una nueva dimensión en el movimiento obrero de la región y de todo el mundo.

La violencia de la represión de los gobiernos militares impuestas en Chile y en otros países se chocaba también con la experiencia de un gobierno militar nacional democrático en Perú, iniciado en 1968. La vuelta de los peronistas a la legalidad en Argentina y su victoria aplastante en las elecciones de 1972 habían generado un pánico en las clases dominantes y en los centros de poder imperialista. Era el desastre total si se consideraba la eminente derrota de Estados Unidos en Vietnam. Más que nunca la represión y el terror estatal se desarrolló hasta sus formas más radicales. No hay duda que el terror fascista inaugurado por Pinochet y profundizado por los golpistas argentinos llevó hasta el paroxismo la represión en la región.

Es natural por lo tanto que el movimiento obrero haya renacido en la región en la década del setenta bajo formas más cautelosas buscando el apoyo de los liberales y de la Iglesia que se apartó de los regímenes dictatoriales en el pasado, que favoreciera para asumir ahora la bandera de los derechos humanos, de la amnistía y del restablecimiento de la democracia. En este ambiente, las propuestas neoliberales encontraron un campo fértil y se enraizaron totalmente en virtud de la auto-destrucción del socialismo soviético y euro-oriental. En realidad la concepción neoliberal penetró definitivamente en los partidos de izquierda llegando a su formulación más sofisticada en la llamada Tercera Vía que se explicitó en la década del 90. Se trataba de articular la tesis de que no hay alternativa para la concepción neoliberal de la economía. Esta economía expresaría la eficacia del libre mercado que no garantiza sin embargo los derechos sociales de los trabajadores. Sería necesario en consecuencia combinar el neoliberalismo económico con un programa de políticas sociales (o compensatorias, como lo plantean el FMI y el Banco Mundial al aceptar los efectos negativos “provisorios” de la “transición” hacia el “libre mercado”). Era evidente la debilidad teórica y práctica de esta propuesta que fue en seguida abandonada en la medida en que el neoliberalismo se hacía cada vez más insostenible tanto en el plano teórico., como doctrinario y práctico. El movimiento obrero se encuentra aún bajo el efecto de estas confusiones ideológicas pero ha recuperado buena parte de su capacidad política durante el crecimiento económico sostenido después de 1994 hasta 2000 cuando el desempleo cayó en Estados Unidos del 12% al 3,4%. La demostración de la posibilidad de volver al pleno empleo provocó una retomada da militancia sindical americana incluso en la reorientación de la central sindical AFL-CIO hacia tesis progresistas. En América Latina el movimiento obreo del período estuvo en ascenso solamente en Brasil en los años 70s, parte de los 80s y en algunos momentos aislados de los 90s. La explicación de la pérdida de combatividad del movimiento obrero en los últimos años se encuentra en las dificultades de convivir con el desempleo creciente resultante de la situación recesiva permanente.

De las fuerzas clásicas del movimiento popular en la fase nacional democrática, el movimiento estudiantil fue el que más sufrió al ahogarse más fácilmente en el mundo del debate ideológico al sufrir el impacto de la ola neoliberal. Al mismo tiempo se convertía del centro de las luchas sociales en movimiento de reivindicaciones sectoriales que los fueron aislando cada vez más. La expansión de las Universidades privadas y del número de estudiantes superiores de origen de clase media disminuyó el carácter de elite intelectual que este tenía hasta el inicio de la década de los 70s. Él ha perdido mucho de su fuerza no sin haber dejado un rastro ideológico profundo como resultado de los movimientos de 1968. Su programa se hace cada vez más radical en los 70s separando estudiantes y masas

populares. La represión terminó afectando también el movimiento estudiantil disminuyendo su militancia y su liderazgo ideológico.

En los años 80 y 90 ganaron una fuerza especial los movimientos de los barrios llamados “marginales” y hoy “excluidos”. Su organización creciente consiguió sin embargo mayores recursos fiscales para su infraestructura, a pesar de insuficientes para romper sus dificultades básicas. Asimismo, el aumento de la actividad de comercio de las drogas prohibidas, sobretudo la cocaína, ha abierto la posibilidad de un relativo enriquecimiento de los miembros de verdaderos ejércitos de criminales organizados. Una situación similar a la de Chicago en los años 1920 y 1930. Esta presencia de los factores criminales entre los barrios miserables ha justificado una adhesión creciente de partidos de izquierda y de los movimientos populares con responsabilidad de gobierno a las técnicas de la represión social. Al abandonar la tortura y otros comportamientos violentos en el plano político, las fuerzas de la represión volvieron a concentrarse en la represión de los pobres y criminales de origen popular.

Al mismo tiempo, los movimientos sociales son cada vez más afectados por las fuerzas sociales emergentes. Este es el caso de los movimientos de género, los indígenas, los negros, la defensa del medio ambiente y otros. Ellos imponen nuevos temas a la agenda de las luchas sociales. Su punto de partida asume formas liberales en su comienzo. Se trataba de la defensa del derecho de votar, de garantizar jurídicamente sus derechos en bases iguales a la fracción masculina dominante, de valorizar sus características propias, de reconocer su identidad y sus características étnicas como parte sustancial de la cultura nacional. Con el tiempo, estas reivindicaciones pasan a integrar todo un proyecto cultural que exige el rompimiento con la estructura económico social que generó el machismo, el racismo, el autoritarismo. Se encuentra una identificación sustancial entre el modo de producción capitalista, como fenómeno histórico, con estas formas culturales que penetran profundamente en toda la superestructura de la sociedad moderna. Se encuentra mismo las raíces de estas llagas en la pretensión de una racionalidad iluminada que tendría el Occidente como cuna y que justificaría el colonialismo, despreciando sustancialmente la importancia de las culturas y civilizaciones del Oriente o de las comunidades indígenas pre-Colombianas. Los movimientos sociales empiezan así a romper con toda la ideología de la modernidad como forma superior y como única expresión de la civilización. Este enfoque ha dado una fuerza muy especial a los movimientos sociales al presentarlos como fundamento de un nuevo proceso de civilización pluralista, realmente planetario, pos racista, pos colonial y quizás pos moderno.

Encontramos ahí las raíces para una nueva internacionalización de las luchas sociales. Fenómeno que ya estaba inscrito en las movilizaciones de 1968 pero que gana especial significado después de la caída del campo soviético cuando las luchas sociales ganan la dimensión de un gigantesco movimiento de la sociedad civil en contra de la globalización neoliberal. Después de Seattle en 1999, los encuentros del Foro Social Mundial en Porto Alegre y las manifestaciones de masa que lo sucedieron en varias partes del mundo ya se perfila una nueva realidad de los movimientos sociales que indican una dinámica no solamente defensiva sino que también ofensiva. Su articulación con fenómenos políticos se hace también más evidente: el surgimiento de formas de lucha insurreccionales nuevas, como el Zapatismo en México, con sus desdoblamientos internacionales en la convocatoria

en contra del neoliberalismo provocó la atracción de personalidades de toda parte. La emergencia de movimientos indígenas de resistencia que terminan asumiendo el rol de derrocar gobiernos y dar origen a partidos y nuevos gobiernos como en Bolivia y Ecuador. El éxito electoral del Partido de los Trabajadores en Brasil que surge de una articulación de los movimientos sociales. Todos estos fenómenos latinoamericanos forman una nueva ola de transformaciones sociales que tiene fuertes raíces en los nuevos movimientos sociales y en su articulación con las fuerzas de los movimientos sociales clásicos, con la evolución de la izquierda en su conjunto y hasta con los sectores nacionalistas de las clases dominantes produce un complejo proyecto histórico aún en constitución.

Cuando la historia de la región pasa por un largo periodo de estagnación económica con el abandono del proyecto desarrollista nacional democrático confrontado a hierro y fuego con la represión imperialista y gran parte de la clase dominante local; cuando la historia de este período se confunde con la dominación brutal de los intereses financieros sobre toda la economía, colocando todas las fuerzas productivas a su servicio, incluso el Estado que aumenta su intervención en la economía para transferir recursos para este sector; cuando todo esto se hace en nombre de una ideología reaccionaria que se presenta como la expresión última de la modernidad y como el “pensamiento único”, resultado del fin de la historia; en tales circunstancias, el programa alternativo que se dibuja no puede restringirse a una resistencia económica y cultural. El programa alternativo debe asumir un carácter global, el de un nuevo marco teórico y doctrinario que proponga una nueva sociedad, una nueva economía, una nueva civilización. Mientras esta tarea de décadas se desdobra, se van dibujando luchas parciales que asumen un carácter cada vez más sustancial. La integración regional latinoamericana por ejemplo gana dimensiones concretas en el MERCOSUR y en la Comunidad Suramericana que cuenta con el apoyo sustancial del ideal bolivariano. Al mismo tiempo, este ideal es convertido en doctrina de Estado y de gobierno en Venezuela, se inspirando profundamente en la dinámica de la democracia participativa fuertemente articulada con la lógica de los movimientos sociales.

Muchas serán aún las novedades ideológicas políticas que surgirán en este nuevo contexto. En el proceso electoral de Lula en Brasil se unieron sectores sociales hasta entonces desarticulados en búsqueda de un nuevo bloque histórico que articulase las fuerzas de la producción en contra de la dominación del capital financiero. Un perfil similar se dibujó en Argentina después de los grandes movimientos de masa que cuestionaron radicalmente el programa neoliberal. En toda la región se habla de un nuevo desarrollismo que busca crear las condiciones de una nueva política económica que restaura en parte los temas y la agenda de los años 60 y 70 adaptando la misma a las nuevas condiciones de la economía mundial. Lo que importa es la voluntad política, los aspectos técnicos son secundarios y fácilmente obviados por el amplio desarrollo de los profesionales de la región. Y podemos garantizar que nuestros técnicos son de mayor calidad que los “economistas de tercer rango” que dirigen el FMI y el Banco Mundial. Basta acompañar sus previsiones equivocadas.

Varias son las manifestaciones concretas del dibujo de una nueva propuesta que deberá sustituir la barbarie intelectual del pensamiento único neoliberal y que incorporará la región en una nueva realidad política e ideológica. En esta nueva propuesta se pone en debate las grandes cuestiones del destino de la humanidad y los movimientos sociales representarán el



terreno fértil en que brotarán las soluciones cada vez más radicales pues son las raíces que estarán en juego: la desigualdad social, la pobreza, el autoritarismo, la explotación, toda esta agenda estará de nuevo en la arena de la historia.

.  
\*Profesor titular de la UFF, Director de la Cátedra y Red de la UNESCO y de la UNU sobre Economía Global y Desarrollo Sostenible ([www.reggen.org.br](http://www.reggen.org.br)).